Una gota de un vaso fresco en una tarde de verano recorría la superficie del mismo, hasta chocar contra el plástico que cubría la parte de arriba de una mesa pequeña. Un par de asientos a la izquierda, una mujer reía mientras acariciaba la mano de su acompañante. Un camarero sorteaba a la gente que pasaba por allí, al mismo tiempo que un cliente intentaba llamar su atención. No lejos de allí, un grupo de turistas se acercaban a la brillante estatua de Nelson Mandela, que descansaba en la plaza con su mismo nombre. Pese al ambiente seco y, ya que era un cálido día de enero, la ciudad lucía un tiempo agradable y placentero.

Algo más lejos, hacia el sur, atravesando el Zoo de Johannesburgo, su parque cercano y su lago; se alzaba imponente la Torre de Hillbrow. Un oficinista vestido de traje la contemplaba mientras se dirigía hacia el Distrito Central de Negocios en su coche. Enormes edificios tenían su sitio entre aquellas calles. Allí es donde, como dirían muchos, se centraba la magia del *business.* Una mujer paseaba por la acera de una de aquellas calles, algo atareada y con prisa. Estaba buscando sus gafas de sol cuando, repentinamente, oyó un fuerte estruendo proveniente de la parte superior de uno de aquellos torreones de piedra.

Alzó la mirada y contempló con detenimiento cómo los rayos del sol se filtraban por los miles de cristales rotos de una ventana. Un objeto sobrevoló la calle y comenzó a caer en picado. Se trataba de un aparato electrónico comúnmente denominado *tablet*. Era de un color negro azabache, brillante, elegante y moderno. En la parte posterior, había un grabado en blanco con el logo de una empresa y el nombre: Cronox. La pantalla seguía intacta, algo que no duró mucho, pues ya que acabó hecha pedazos cuando todo el complemento del aparato tocó el suelo, produciendo un ruido seco.

La mujer quedó boquiabierta y las gafas, que acababa de sacar del bolso, se precipitaron al asfalto de la carretera y acabaron con un cristal roto. Justo después de que la ventana se rompiese, un hombre vestido con traje surgió de la ventana. Sin embargo, no cayó al vacío, simplemente logró agarrarse a una cornisa del edificio. Él mismo sabía que no aguantaría mucho, y menos cuando observó que el escritorio en el que trabajaba, con sus objetos personales, sus formularios, sus archivos, sus cuadernos, sus portafolios, un ordenador de sobremesa con teclado y ratón y la foto de su familia caía hacia el suelo desde una altura mortal. La muchedumbre soltó un suave grito de sorpresa cuando el gran objeto negro cayó de lleno en el asfalto, casi dañando a un coche cuyo dueño lo había abandonado mientras observaba atónito lo ocurrido.

— ¡Por el amor de Dios! ¡Llamen a la policía, a los bomberos, hagan algo! —el hombre tuvo que hacer un esfuerzo aún mayor, pues su mano derecha comenzaba a ceder—. ¡La gente se ha vuelto loca!

Entonces, algo extraño sucedió. Desde la superficie de la ventana rota, un ventanal que llegaba hasta el suelo de la planta en la que se encontraba, surgió la figura de un joven con pelo escarlata, una americana roja y guantes de cuero negro que agarró al hombre y lo metió hacia dentro del edificio con algo de violencia. El oficinista soltó un pequeño grito mientras se incorporaba dentro de aquel lugar. Se

oían pitidos en la calle, el tráfico se había detenido. Los susurros aumentaban, al igual que las especulaciones. Cientos de voces preguntaban qué era lo que ocurría, qué estaba pasando. Un joven había hecho una foto con su móvil e, inmediatamente, lo había comunicado mediante la famosa red social Twitter.

Pero la comedia aún no había acabado. Las puertas del edificio se abrieron de par en par y un grupo enorme de gente salió en manada, la gran mayoría asustados. Y, poco a poco, los testigos comenzaron a comprender las palabras de aquel hombre. Las personas se habían vuelto locas. Un joven de pelo negro y rasurado se reía a carcajadas, cada vez más altas, cada vez con menos aire. Se reía tanto que se golpeaba en el pecho, para poder parar, para poder respirar. Las lágrimas se desprendían de sus ojos, que pese a la risa, mostraban miedo. Una mujer de pelo rizado lloraba a lágrima suelta. Simplemente decía que, sin saber por qué, le dolía el pecho. Tenía un enorme nudo en la garganta. Había algo en su interior, tan profundo, que no podía sacarlo. Un joven moreno de ojos negros los miraba a todos con odio. Gritaba, chillaba que los odiaba con todo su ser. No aguantaba sus caras, sus sonrisas, su tremenda hipocresía. Daba grandes zancadas, apretaba tanto los dientes que le dolía la boca. Una mujer de pelo rojo mostraba una sonrisa inmensa. Salió de las últimas, andando tranquilamente. Era la viva imagen de la tranquilidad y satisfacción. Se limitaba a decir que no necesitaba más en la vida que lo que ya tenía. Que era profundamente alegre, tanto que podría morirse de aquel placer. Sus ojos mostraban un éxtasis incomprendido.

El oficinista apareció nuevamente en la ventana. Tenía una extraña mueca de terror en la cara. Sus pupilas eran minúsculas, y parecía no mover los ojos. Tragó saliva más de una vez, y con un gran esfuerzo, masculló brevemente.

— No puedo… Este dolor… Es… Demasiado… Yo… No puedo.

Una vez dijo aquello y, sin pensarlo dos veces, pisó el aire y su cuerpo comenzó a caer. El chico de pelo blanco volvió a surgir de entre las sombras del edificio e intentó agarrar al hombre suicida, aunque su mano no atrapó nada. Refunfuñó y pegó un pisotón al suelo. Sin dudarlo, el joven saltó tras él y lo cogió en el aire. Sus cuerpos caían hacia una muerte inminente cuando el joven hizo un esfuerzo enorme para acercarse al edificio. Alzó su mano e intentó agarrarse a la superficie del mismo, rompiendo la fachada y decenas de ventanas. Increíblemente, el joven de la americana roja pudo frenar la caída sin sufrir un solo rasguño. Impulsó el hombre nuevamente hacia el edificio y entró tras él.

***

105 minutos después.

— Espere, aún no lo entiendo. ¿Es usted el director o no? —un policía, cuaderno y bolígrafo en mano y un enorme bigote bajo su nariz, dudaba de la declaración del joven de pelo blanco que se encontraba sentado en una silla opuesta al escritorio de su despacho. Sólo con verle… uno no podía evitar dudar. Pudo notar que sufría de albinismo, su piel no tenía pigmentación alguna, al igual que su cabello. Era completamente pálido. Sin embargo, pese a que sus ojos no eran grises o muy claros,

también sufrían algún tipo de cambio en el color. En concreto, se trataba de una heterocromía. Inexplicablemente, su ojo izquierdo era azul, mientras que su ojo derecho… Era rojo. Por otro lado, toda su ropa estaba compuesta por un único color: el negro. Botas, pantalones, cinturón, camiseta y guantes negros. No obstante, llevaba puesta una enorme americana de color rojo oscuro, aunque intenso, que simbolizaba la excepción. En aquel momento la llevaba desatada, lo que dejaba ver en el centro de su pecho un bordado de color dorado basado en una extraña X. Una de las líneas era más pequeña, y la otra más larga, además de tener los extremos doblados hacia los lados.

— No, no, no. No… —el joven suspiró con aires cansados. Quizá aburridos—. Yo soy el director jefe de ese edificio, es decir, todos ahí están a mis órdenes. El director máximo y supremo de Cronox es otro. Y eso es información confidencial.

— ¿Usted es el encargado del edificio?

— A ver, no es un “edificio” en sí. Es como una base. Una rama, una división… En este caso en Johannesburgo.

— Entiendo… —el hombre anotó un par de cosas en la libreta que sostenía, entre ellas la palabra arrogante—. Por otro lado, ¿podría volver a explicarme su versión de los hechos?

— ¡Claro! Verá, creo que debería revisar el agua de la ciudad. O algo. Puede que haya un brote de una enfermedad. No sé, háblelo con los médicos. Repentinamente todos se volvieron locos. Uno incluso se intentó suicidar. Y yo simplemente lo salvé.

— Frenando la caída de un piso treinta y cuatro con su mano derecha —el policía arqueó una ceja con una gran expresión de duda.

— ¡Exacto! Deberían de darme una medalla o algo. Soy un héroe.

— Déjeme ver su mano.

El joven extendió el brazo. La manga de la americana parecía desgastada debido al roce con la fachada del edificio, sin embargo era algo vagamente palpable. Además, el guante estaba impoluto.

— El guante es nuevo. Necesito llevar guantes, ¿vale? El otro estaba roto, así que lo tiré.

— Sí, sí. Eso me vale, pero… Remánguese. Necesito ver su brazo.

— ¡No! —el grito del joven sonó desesperado. El policía comprobó cómo escondía los brazos. Su mirada había cambiado, era desafiante. Carraspeó—. E-estoy bien, ¿vale? Soy muy atlético. Hago mucho deporte.

— Señor…Zath —el hombre agachó la mirada y se tomó su tiempo en leer el nombre del joven de pelo blanco—. ¿Cómo pretende que entienda lo que ha sucedido? Esta tarde, un gran grupo de personas; todos trabajadores de su empresa, ha sufrido un brote psicótico y se han comportado de una manera extraordinaria e inusual. Algunos ni siquiera son capaces de explicar lo sucedido. Dicen que, sencillamente, se dejaron llevar por sus emociones. Dicen que eran tan fuertes que no podían controlarlas.

— Sigo pensando que debe ser el agua.

—Y luego, apareció usted. Cogió a un hombre al vuelo, se agarró a la fachada del edificio de su empresa, empujó a dicho hombre dentro y usted volvió a entrar como si nada. Después de unos minutos, salió por la puerta principal con un objeto de cristal en la mano y todos se calmaron.

— Quizá se confunde. Y tan sólo era mi móvil con una canción relajante.

— ¡De eso quería yo hablar! Las personas que presenciaron lo ocurrido y que, casualmente, tenían aparatos electrónicos de la compañía Cronox, así como móviles, tabletas electrónicas, ordenadores portátiles o reproductores multimedia… Dijeron que se volvieron locos. Las baterías comenzaron a llenarse repentinamente. Y se dio el caso de la explosión de más de un aparato.

— Verá… La rama que yo dirijo de la empresa… En esta zona… Sólo se centra en salud. No sé de qué me habla.

La cara del policía hablaba por sí sola. Estaba harto de tener que lidiar con aquel tipo. La conversación no hacía más que dar vueltas y vueltas sin sentido. Y todo aquello no servía para esclarecer nada. El último altercado de ese tipo también tuvo relación directa con la Corporación Cronox. Sin embargo, aquello pasó hace mucho tiempo. Y no tenía acceso a los archivos policiales, ya que ocurrió casi al otro lado del planeta. Su tiempo de trabajo se agotaba y estaba impaciente por terminar con aquel lunático, así que lo hizo.

— Mire, salga de aquí y haga lo máximo posible por arreglar los desperfectos. Su empresa se hará cargo de los daños causados a la vía pública, ¿de acuerdo? ¡Ah! Y ándese con ojo, Daniel. Porque yo no le quitaré los míos de encima.

El hombre estuvo de pie durante toda la aclaración. Sólo cuando el “testigo” salió de su despacho, decidió sentarse, apoyándose en el respaldo de su silla giratoria. Se llevó una mano a la frente, que posteriormente recorrió su pelo corto y algo cuadriculado. Suspiró y cerró los ojos.

***

48 horas antes.

— ¿Estás seguro de que es él?

— Sí señor Zath. Jain LaFleur. Ciudad natal: Florencia, La Toscana, Italia. Edad: 19 años. Pad…

— Vale, vale, te creo. ¿Ha aceptado el trato?

— Sí, pero, Señor… ¿Realmente cree que podrá curarlo? Es decir… ¿La Metamorphosis podrá con un…?

— Claro. No lo dudes nunca. Puede y podrá.

— Señor Zath, es un proceso muy peligroso. Muy pocas personas han sobrevivido y…

—Y yo soy una de ellas. Y sí, la mayoría ya no forman parte del orden natural de este mundo. Pero él sobrevivirá. Es especial. Desatará en él un poder inimaginable.

***

Minutos antes de la catástrofe.

Muchos habrían afirmado que era una habitación demasiado blanca. Todo allí parecía demasiado puro. Tanto, que debía ser mentira. En aquella habitación no había nada. Una puerta, una mesilla y una cama. Todas blancas. Dentro de la cama, metido entre las sábanas, descansaba un joven. Tenía el pelo lacio y castaño claro, con un brillo propio y un color intenso. Sus párpados cerrados mostraban unas pestañas con una longitud superior a la media. Tenía la piel vagamente bronceada, con un color mediterráneo. El joven parecía soñar, o quizá, recordar.

Repentinamente, apretó con mucha fuerza la mano izquierda, agarrando el colchón. Abrió los ojos y mostró unas pupilas pequeñas y rellenas con temor, que poco a poco se fueron calmando, para recuperar su tamaño natural. Levantó medio cuerpo con una velocidad increíble. Miró a todos lados y comprobó que estaba en un sitio desconocido. Por un momento pensó que había muerto. En su cabeza todo pasaba muy deprisa. Había sufrido un accidente. Recordaba la sangre en sus manos. Y ahora… Ahora se encontraba en medio de una habitación blanca sin nada más que la soledad.

Se levantó con prisa, dio tres pasos y cayó al suelo. Un fuerte dolor surgió en su cabeza, e hizo que se llevase las manos a la misma, apretando con esmero. Cerró los ojos y chilló por el dolor. Sus rodillas rozaban con el mármol de las baldosas de la estancia en la que se encontraba. Su ropa consistía en una bata blanca que cubría su cuerpo desnudo. Intentó levantarse.

Sentía miedo, temor, tristeza, todo al mismo tiempo. Dio otro fuerte chillido y notó como si hubiese liberado una enorme onda de energía. Como si todos aquellos extraños sentimientos hubiesen sido enviados lejos de él. Como si los hubiese proyectado hacia el exterior. Pisos arriba y abajo, los trabajadores del edificio hacían su día a día en él. Fotocopias, informes, datos y más datos. Los teléfonos sonaban y

las teclas de los ordenadores formaban parte de una orquesta monótona y sin ritmo. Y, sin saber cómo, muchos de ellos empezaron a experimentar los cambios que sufría el chico. Gotas de sudor frío resbalaban por sus frentes. Tenían miedo. Su corazón latía con demasiada intensidad. Con demasiado dolor. Las lágrimas salían de sus ojos y no entendían por qué. Sorprendentemente, se sentían infelices, rechazados, melancólicos…

El joven se levantó. Estaba comenzando a enfadarse. No entendía nada de lo que sucedía, y una ira llameante estaba surgiendo de su interior. Comenzó a dar zancadas hacia la puerta y la derribó de un puñetazo. Estaba realmente enfadado, y el odio corría por su sangre. Las personas cercanas a su posición, al igual que había sucedido con las anteriores, comenzaron a sentir síntomas parecidos. Correteaban iracundos, gritaban, se sulfuraban constantemente. Uno de ellos cogió su tableta electrónica y la tiró por la ventana. Poco después, empujó a uno de sus compañeros por la misma ventana, y segundos después, fue su escritorio el que salió disparado.

El joven de la bata blanca no podía controlarse. Las emociones surgían de su interior sin control, y afectaban a toda persona que estuviese cerca, con un amplio radio de alcance. Los pasillos por los que deambulaba estaban desiertos, se chocaba contra las paredes, le costaba andar. Reía, lloraba, gritaba, temía… No podía controlar su cuerpo ni su mente. Tan sólo podía intentar sobrevivir, mientras a su alrededor todo se volvía tan caótico como él.

Pero aquello no duró mucho. Tras dar dos pasos más, se desplomó en el suelo y quedó inconsciente, sin saber ni siquiera su nombre.